

CORREO DE MALLORCA

PERIÓDICO CATÓLICO

PRECIO { En España, 1'25 ptas. al mes.
Extranjero, 2'50 »
Número suelto 0'05 ptas.
Id. atrasado 0'10 »

Jueves 2 de Noviembre de 1911

Año II.—Núm. 558
OFICINAS: Plaza de Santa Eulalia n.º 9, 1.º
PALMA DE MALLORCA



EL ILMO. Y RDMO. SEÑOR

Don Antonio M. Massanet y Verd

OBISPO DE SEGORBE

FALLECIÓ DESPUÉS DE RECIBIDOS LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICIÓN APOSTÓLICA EL DÍA 16 DE OCTUBRE ANTERIOR

— Q. E. P. D. —

Los hermanos y hermanas, hermanos y hermanas políticos presentes y ausentes, tías, sobrinos, primos y demás parientes y familiares del difunto ruegan á sus amigos y conocidos que encomienden su alma á Dios y se sirvan asistir al funeral que tendrá lugar el sábado día cuatro del corriente á las once en la Iglesia parroquial de San Miguel.

No se invita particularmente.

El Ilmo. y Rvdo. Sr. Obispo de esta Diócesis ha concedido 50 días de indulgencia á todos los fieles que ofrezcan una oración en sufragio de su alma.

Ante la tumba...

¿Qué es la tumba? Un recinto pobre, de severidad implacable, que guarda las cenizas de un individuo humano pregonando perpetuamente la miseria de nuestro ser; el término y fin de todas nuestras ilusiones; el lugar donde acaban todas nuestras grandezas imaginarias; el depósito que guarda nuestros secretos y nuestras aficiones y nuestros deseos.

Sobre la tumba resaltan las flores, como símbolo de la ilusión y del amor colocado sobre la realidad del desengaño y de la muerte. Sobre la tumba se secan las lágrimas brotadas del corazón más amante, perdiéndose inútilmente sin conmover. Sobre la tumba olvidan los corazones más tenaces sus más acerbados amores; porque dentro de la tumba hay sólo nada; la nada del hombre que ha finido, que ha dejado de ser.

¿Que más importa que se eleve sobre nuestra tumba un rico monumento de mármoles, que si hay sólo sobre ella, esparcidas, cuatro malvas silvestres, si de nosotros no queda más que un puñado de ceniza?

¿Qué nos aprovechará la riqueza, ni la sabiduría, ni el poder al borde de la tumba?

¿Qué les valen, por ejemplo, á Tasso y á Camoens sus ricas epepeyas, á Shakespeare las delicadezas de su lira, á Miguel Ángel y Murillo sus sublimes pinturas, á Alejandro y Napoleón el haberse enriquecido con los despojos de medio mundo, ó el haberse rodeado de reyes destronados por el poder de su propia espada?

De sus obras geniales queda la admiración de los que les sobreviven; de ellos no queda sino polvo, igual que del más pobre mendigo.

Mas si la tumba guarda de nosotros sólo cenizas, guarda también una esperanza: la esperanza de la resurrección.

«Creo que mi Redentor vive», decía el Santo Job, raseando la podre de sus carnes sentado sobre un montón de basura; y como veía que su cuerpo se iba descomponiendo, alentaba su espíritu con la esperanza de la resurrección. «Creo que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar, y que, vestido otra vez de mi propia carne, veré á Dios mi Salvador».

¿Y cómo no abrigar todos esta misma esperanza? ¿Qué diferencia habría entre la sepultura de un bruto y la tumba de un hombre, si no encerrase ésta la esperanza de abrirse otra vez, para dar paso á la vida, el día de la resurrección general? ¿Puede admitirse que ese cuerpo, que albergó un alma tan noble creada á imagen y semejanza de Dios, espíritu sublime que tan pronto penetra en las entrañas de la tierra, como sube y se levanta por entre las estrellas estudiando sus movimientos, sus distancias y componentes, que igual estudia los cuerpos que los espíritus hasta llegar con su mirada al mismo Dios; puede admitirse que el cuerpo que estuvo unido con tan noble alma, constituyendo con ella una sola persona, haya de permanecer para siempre en las entrañas de la tierra, separado del alma y reducido á cenizas?

¿Puede admitirse que este cuerpo, que, juntamente con el alma, ha sufrido penas y calumnias por amor de Dios, que ha hecho toda clase de obras de caridad, que ha cooperado con artes y ciencias al esplendor y grandeza de la Iglesia Católica, y ha ejercitado toda clase de virtudes como padre, como ciudadano, como sacerdote, etc., todo juntamente con el alma; puede admitirse que este cuerpo haya de permanecer disuelto y reducido á polvo para siempre en lo interior de una tumba, y no haya de recibir, juntamente con el alma, el premio de las virtudes ejercitadas ó el castigo de los vicios contraídos juntamente con el alma?

Ah, no; si es cierto que las acciones se atribuyen á las personas y no á las partes, de las personas son todas nuestras buenas obras y todos nuestros actos viciosos; y como nuestra persona está compuesta del alma y del cuerpo, justo y natural es que el alma y el cuerpo, en cuanto constituyen una persona humana, tengan el mérito y el demérito de nuestras buenas y malas obras; y por lo mismo, justo es que Dios castigue y premie en el alma y en el cuerpo juntamente, los vicios y las virtudes; de aquí la necesidad de la reconstitución completa de la persona humana antes del juicio universal.

Por eso, con razón, la Iglesia Católica enuncia entre sus dogmas que deben ser creídos con fe divina, la resurrección de todo el género humano.

Y aun más; sentimos y obramos todos, aunque sea inconscientemente, según esta misma fe.

¿Por qué, si no, tenemos tanto cariño á la tumba que guarda, como depósito sagrado, los restos de las personas más queridas? ¿Será por lo que contienen; cenizas, podredumbre, gusanos, cuatro huesos calcinados? ¿Será porque todo eso fué de aquellos que nos robaron el corazón?

Ah, no; porque aquellos restos, si fueron nuestro padre, nuestra madre, la esposa, el amigo, no le son ahora. Miradlo: son cenizas, son tierra y podre; una cosa que hace retirar la vista. Nuestro amor á la tumba de las personas queridas, nace de la esperanza en la resurrección; amamos aquellos restos, porque sabemos que han de volver á ser nuestro padre, nuestra madre, la esposa, el esposo, el amigo.

maneo, rezando por sus almas, porque saben que esas tumbas guardan los cuerpos de esas almas por las cuales rezan y se ofrecen sufragios; y esos cuerpos no son simplemente cuerpos podridos, son cuerpos que han de volver á ser lo que fueron.

Oremos, pues, sobre las tumbas de los difuntos y meditemos:

Que lo que son ellos, lo seremos nosotros, sin que nos libren ni el dinero, ni el poder, ni las ciencias, ni las artes;

Que resucitaremos todos para recibir el premio ó el castigo de nuestras buenas ó malas obras, y que á la presencia de Dios no valdrán nada todas nuestras grandezas: sólo se tendrá en cuenta si somos santos, ó si, por desgracia, seremos réprobos.

Pedro Miró, Pbro.
Porreras, 26 de Octubre de 1911.

L'Orfaneta

De dol vestida la pobre orfaneta triste la vida té que passar.
Ni amor l'hi queda d'una germana.
Estrany l'acullen. ¿Qui l'ha á amar?

Fora anyorança mata la nina.
Crida a sa mare plorant, plorant.
Lo qu'ella pena ningú endevina.
¡Ningú consola lo pobre infant!

Un descapvespre de l'invernada del cementeri pren el camí,
que l'hi digueren qu' allá enterrada está la mare que la nodri.

La neu la gela, l'aigo la banya.
Malment vestida, plora y te fret.
Dolor l'anfega, son sor l'hi danya...
Cau ja retada... ¡Pobre angelet!

¡Mare estimada! ¡Ay mare mía!
L'hi diu, y, apenas pot respirar.
Veniu depressal! ¡Dau-me alegría!
Dias vostros brassos vall reposar...

La nina, en terra se queda estesa.
Sonriu sa boca, alça ses mans...

Veu de la Verge la gran bellesa.
Sent veus dels àngels, los seus germans.

Mor entr'els brassos regositjada d'aquella Mare de tots consol,
y entre las dues forman lassada y al cel triunfantes prenea el vol.

Marcelina Moragues

La Tierra

¡Oh Tierra!... tu polvo soy!
Á gritos me estás llamando;
con pausa voy caminando para decirte: ¡Aquí estoy!
Justo es que pague el tributo que al surgir de tí contraje con el Creador, y á tí baje como árbol seco y sin fruto.

Me espera abierto tu seno como madre cariñosa, para cubrirme, piadosa, con tu extenso manto ameno. Manto con varios perfumes, que oran distintos colores que le dan plantas y flores.

¡Oh Tierra! todo lo sumes. Tú recibes los despojos que hoy aprisionan mi alma, que vuelva á la paz con calma si el llanto seca mis ojos. Y, fértil, das con largueza á los seres el sustento, que con variedad de acento de Dios cantan la grandeza.

Los tesoros que contiene tus entrañas insondables y de Neptuno admirables, los das al ser que á tí viene. Luchas con fiero Vulcano que tu poder lo aprisiona, y de su solio destrona por devastador é insano.

Tú, sobre todo elemento la fuerte, estable y segura; vida y delicia, amargura y tumba ofrece tu aliento. ¡Ah! si, cual madre adoptiva, amorosa tú me acoges, mi triste polvo recoges guardándolo compasiva.

II
Del artífice Supremo eres la joya preciosa, que de escabel, humilde, le sirves de extremo á extremo. De tí formó el primer hombre á su imagen santa y pura,

para amarle con ternura, servirle, adorar su nombre. Y le ofreciste un vergel de delicias todo lleno; faltó al precepto, sin freno, y un ángel lo expulsó de él. Tú, sumisa y obediente al Hacedor Soberano, si en tí pone planta ó mano, te estremeces hondamente.

En el Sinaí ostentabas en luz envuelto, sereno al Rey del cielo, y el trueno le precede ¡y tú temblabas! Lo sabes todo y lo ves, todo acontece en tu esfera; mas la humildad, la primera entre tus virtudes es.

— ¡Ay, mis virtudes!... Halladas las veo con pena profunda; el profano me hace inmunda; humildad, y son reparadas. Por Natura enriquecida y adornada de bellezas, el ciego y sin fe, asperezas ve en mí, ¡traiciona su vida!

Envuelto en mar borrascoso airado exclamando: ¡Ay mundo! me escarnee, y el profundo no ve á sus pies espantoso. Siendo de mi barro hechura, mi ley natural desdena; ¡pufeliz!... contra mí?... ¡Sueña la nada en mortal figura!

— De las bellas creaciones que el Señor Omnipotente con un Fiat solamente hizo, confiriendo dones; obró en tí el mayor portento de gracia, jardín florido: á tí Jesús ha venido, te alegró su nacimiento.

Vino á establecer Ley Nueva; no hallando albergue en Belén José, para el dulce Bien, tú le ofreciste una cueva. Pronto el Mesías reposa sobre pajas, pobremente; trucea un palacio esplendente por morada tenebrosa.

Abre el cielo, y envía de sus vivos resplandores sobre el pesebre fulgores, cubriendo á José y María. Pastores con gran ternura diligentes le adoraron, y los ángeles cantaron la gloria á Dios en la altura.

Ves bajar de las montañas los senilles aldeanos, unirse á los de los llanos y abandonar las cabañas.

